



Crónica Literaria

Epístolas de Enrique Espinoza.— Vial depositario de una memoria ilustre, no pierde Enrique Espinoza la ocasión de evocar la de su maestro y amigo Leopoldo Lugones, uno de los grandes poetas continentales, en cierto sentido el más sólido, en otros ¡ay! vulnerable y vulnerado.

Pero el hombre se levanta periódicamente de sus trigüinos cenizas con nuevo vigor. Y Enrique Espinoza, que lo conoció desde adolecente, le ayuda.

Cuando la hazaña espacial, en una fecha que se va alejando tan rápida como vino, hizo un recuento de los poetas de la luna, de los que soñaron el viaje fabuloso en su imaginación, precursores de los cosmonautas.

Leopoldo Lugones, en esa revista, no ocupa su sitio.

Enrique Espinoza se apresuró a llenar el injusto vacío. Pero los astros fueron desfavorables. Desapareció inoportunamente la revista "Pec" en que le habría rendido homenaje y una carta destinada a remediar esa pérdida, andando con pies de plomo, tardó en llegar más que el sídral vehículo en cruzar los cupidos. La técnica tiene esas patrañas.

Pero nunca es tarde para la obra de bellera.
Leamos la carta.

"... a principios del siglo publicó Lugones su famoso "Lunario" que, según Borges, "prefigura casi todo el proceso ulterior" de nuestra poesía. El volumen tras como acápita la siguiente quintilla de Tirso de Avilés:

Antiguamente decían
A los Lugones, Lunones
Por venir estos varones
Del Gran Castillo y traían
De Luna los sus blasones.

En el extraordinario prólogo en prosa, el gran poeta dice: "...Un libro entero dedicado a la luna. Espiedo de venganza con que sueño casi desde la niñez, siempre que me veo acometido por la vida". Y luego de preguntarse:

"¿Existía en el mundo empresa más pura y ardua que cantar a la luna por venganza de la vida?", agrega:

"Digna sea ella, entonces, de mi maestro Don Quijote que tiene el astro entre sus preseas, por haber vencido en combate singular al Caballero de la Blanca Luna".

De los poemas del "Lunario" hay mucho que citar; pero me limitaré a esta docena de versos de los quinientos y tantos del Himno a la Luna:

A través de páramos sin ventura
Pasas tu porosa estructura
De hueso fósil, y tus poros son mares
Que en la aridez de sus riberas
Parecen mastilares
De esclavos.

Delesnada por siglos de intemperie, tu roca

Se desintegra en bloques de tapaca.
Bajo los fuegos astoricos
Del sol que te martiriza,
Sofocados en desolada ceniza
Playas de celuloide son tus territorios.

Eche Ud. una ojeada al libro (si lo tiene) y se asombrará de su vigencia tras casi dos tercios de siglo. El Himno a la Luna se publicó en "La Nación" de Buenos Aires el 25 de marzo de 1904...

A esta epístola acompaña Enrique Espinoza otras, impresas, en volumen, con una buena dosis de tercetos de los que sus amigos y lectores conocen y que él, burla burlando, ha hecho tradicionales.

Es una serie de mentajes rimados que expulsa a diestra y siniestra para desabogar de su espíritu sin demasiada seriedad aparente, en el fondo punzantes y sabios con la muchedumbre de sus ideas que no se resignan al silencio y salen a cumplir su misión.

Enrique Espinoza siempre ha tenido algo de misionero.

Sus "Tres Epístolas" (a Pablo Neruda, González Vera, Manuel Rojas), escritas en tercetos, tienen varias intenciones. Una:

Cantar prefiero la verdad desnuda,
mejor al en una epístola en tercetos,
pues de este modo suena menos cruda.

Otra, dominante, la sola que algunos verán, aunque no la única, celebrar a los amigos admirados, cubrirlas de flores y de un visible amor; lo que no impide la primera, bastante desenhonada, y que aparece al defender su raza aun contra el más eminente de los tres:

Nada te dice el ghetto de Varsevia
donde mueren heroicos los judíos
por ti olvidados de manera obvia.

Gabriela no dejó de ver los ríos
de sangre de David en la otra guerra;
su voz aún clama contra los impíos.

Y más adelante, sacrificando incluso a su ídolo:

Tu caso me recuerda el de Lugones
Cuando le dio por la hora de la espada
y en proclamaria derrochó sus dones.

Es preciso quedar en paz con la conciencia. Y, para eso, me callaré a Manuel Rojas su reproche; mostrarle su culpa, aconsejarlo lealmente:

Dale también una palmada más pura
que la turbia de tanta ramañenda,
pésimo ejemplo de literatura.
¿Cómo a la poestre interesante pudo
coctar la compraventa ignominiosa
que de sí mismo intenta un pobre viudo?

No estaría completo el misionero sin la añadidura del prefe. O sea también del crítico. Espinoza cumple así su misión y equilibra triplemente la balanza.

H. D. A.

Crónica literaria [artículo] H. D. A.

Libros y documentos

AUTORÍA

H. D. A.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] H. D. A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile